

---

# A “BIXEN”

¡¡DOCE LADRILLOS Y MEDIO,  
Y UNA MASA DE CEMENTO!!

Un amigo de Bixen Arbiol Saldias



**L**

a mañana era soleada.

Era el único signo primaveral.

Eran las once horas del Martes Santo, 14 de abril de 1992, en el cementerio de Zentolen.

Un coche fúnebre, de una funeraria de Irún, conteniendo tu cuerpo dentro de un ataúd, se adentró entre nichos, hasta el final del muro donde acaba el cementerio y allí, entre muchos familiares, estábamos un buen ramillete de la cuadrilla, de los amigos de los de siempre... pero, con el rostro muy serio.

No... no podíamos imaginarnos que tú, Bixen, estabas tan cerca en aquel ataúd y tan lejos al mismo tiempo.

No tuvimos valor, es inexplicable, para contemplar tu rostro sin vida a través del cristal de la caja, no sé si alguno lo hizo, pero me dijeron que tenías esa expresión de eterna sonrisa con la que siempre te conocimos y con la que siempre te recordaremos.

A pesar de que lucía el sol, ¡qué frío recorría nuestros cuerpos!

El párroco Munoa, tras unas oraciones, dio paso al enterrador para introducirte, dentro del ataúd, en el nicho nº 329, de una fila de cuatro, y el enterrador, haciendo alarde de un oficio que conocías muy bien, con los ladrillos contados y uno cortado por la mitad, y la masa de cemento preparada en una carretilla, exhibió sus dotes del oficio, en un acto que me pareció “inhumano” y exento de pundonor artesanal. Yo creía, hasta entonces, que la albañilería era para hacer paredes en nuevas casas, pero nunca me imaginé que también servía para emparedar los cuerpos sin vida de nuestros amigos, para separarnos de ellos para toda la vida...

Doce ladrillos y medio, con su masa correspondiente, para unirlos y luego recubrirlos, le bastaron al enterrador-albañil para dejarte solo con un ramo de flores que introdujo sobre el ataúd dentro de aquel nicho al que, sobre el cemento reciente, grabó rústicamente, con un trozo de ladrillo, el número 329.

Qué sabía él, el albañil-enterrador, lo que acababa de dejar tras aquellos doce ladrillos y medio, lo que acababa de ocultarnos a tus familiares y amigos de siempre.

El terminó su trabajo, el párroco cumplió su misión y el coche fúnebre vacío se fue. Allí, ante el nicho 329, los familiares y amigos nos quedamos quietos, los ojos brillaban humedecidos, nadie hablaba; pero la muerte y la vida no para.

Otro furgón fúnebre esperaba para ocupar, el cuerpo que traía, el nicho 330, bajo el tuyo, y allí tenía el albañil-enterrador preparados otros doce ladrillos y medio y la masa justa para cubrirlos.

Cuando vaya a visitar tu nicho iré siempre que pueda, no olvidaré que me separan de su cuerpo sin vida doce ladrillos y medio.